

la bruma agujereada por las peladas copas de los árboles, dominaban la parte de tierra más alejada de nosotros. Por el otro lado, á veinticinco ó treinta metros de la draga, las llanuras rasas que conducen á Draveil veíanse limpias por completo de soldados. Evidentemente por allí teníamos que huir. La perspectiva de un baño frío en pleno Diciembre en aquel agua de mucho fondo, espumosa, combatida por corrientes encontradas, era bastante amedrentadora.

Por fortuna, la cadena de hierro con la cual estaba amarrada la draga á tierra, parecía fuerte, y aún nos quedaba el recurso de agarrarnos á ella y tratar de ganar la orilla sin soltarla. Mientras deliberábamos acerca de esto, sonó bastante cerca un cañonazo disparado desde las alturas de Juvisy.

El silbido de una bala de obús y la caída en el agua, á muy corta distancia de nosotros, siguieron inmediatamente.

Algunos segundos después, antes de que volviéramos de nuestro asombro, otro pro-

yectil cayó cerca de la draga. Entonces comprendí por qué estaba allí aquella bandera y aquellos cascotes de madera y de hierro, y aquel olor á pólvora quemada que habíamos notado en la cámara.

El vaporcillo-draga abandonado servía de blanco á los prusianos para hacer ejercicio de tiro de cañón. Era necesario huir en seguida. Ni lo frío del agua ni lo arriesgado de un baño, eran nada comparado con este otro peligro nuevo.

¡Adelante! Cojo la cadena y me echo al río. Detrás viene Goudeloup. Con los dedos quemados por el roce del hierro, íbamos avanzando poco á poco, paralizados por la corriente del agua helada. Otro cañonazo vino á darnos nuevas fuerzas. ¡Cuidado! Ahí está el obús... Esta vez cae en el agua junto á la blindada proa de la draga, estalla y nos cubre de cascote. Oigo un suspiro, y un gemido detrás de mí... ¡No! Jamás olvidaré el movimiento supremo de aquella cadena que sentí agitarse, sumergirse un momento para

salir en seguida á flote, suelta, abandonada, ligera entre mis manos...

Vuelvo la cabeza y no veo á nadie, ni nada más que un bulto ensangrentado que arrasaba el río. Aquel desgraciado debió ser herido en la cabeza y muerto en el acto...

Sentí un gran descorazonamiento. ¡Aquel compañero muerto allí, junto á mí... y mi impotencia para socorrerlo!... Por poco no abandono la cadena yo también. El instinto de conservación me sostuvo, y algunos minutos después ponía el pie en la orilla; pero no pude andar mucho. A los diez pasos succumbí á la emoción, á la fatiga y al frío terrible que penetraba hasta la médula de mis huesos, más terrible aún porque tenía toda la ropa empapada en agua de hielo. Entonces me dejé caer en la cuneta del camino, sobre la hierba seca del foso...

El trote conocido de un caballo, el rodar de un carricoche desvencijado, y la bondadosa voz del doctor R... me sacaron de mi letargo.

— ¡Cómo! Sóis vos... ¿Qué hacéis aquí?

Y en un abrir y cerrar de ojos me envolvió en su abrigo, me escondió entre la paja que iba en el fondo del coche, y emprendimos, ó, mejor dicho, continuamos el camino de Draveil, donde el bueno del doctor había convertido su casa en hospital de sangre. Desde el cochecillo me llevaron á la cochera, y allí me dieron ropa seca y algunos vasos de ponche caliente, y muy pronto me sentí reanimado.

Allí estuve hasta que fué de noche, sin atreverme á mover, porque comprendía perfectamente, aunque nada me dijo el doctor, que corría verdadero peligro por haberme recogido. La casa estaba llena de soldados y de enfermeros. El ruido de pesadas botas sonaba sin cesar en el techo de la cuadra. Y además oíanse carcajadas, ruido de sables y ese rudo lenguaje alemán, acentuado ahora por el tono de insolencia con que hablaban todos. Oía yo todo eso con los ojos cerrados, entorpecido por la sensación misma de

bienestar que experimentaba con un vago recuerdo del pasado peligro; con la sensación de frío que me producía acordarme del río y del suspiro quejumbroso del pobre Goudeloup, que aún resonaba en mis oídos.

Por la noche vino el doctor á sacarme de allí, y me llevó á la habitación de sus nietos, á quienes había mandado fuera del pueblo tan luego como se supo que se acercaban los prusianos.

Allí abrí los ojos á la mañana siguiente, después de las horribles escenas del día anterior. Aquellas tres camitas con colgaduras blancas, los juguetes de niño rodando por el suelo de la habitación, mezclados con los libros de estudio, y hasta el vago olor á farmacia que salía de un armarito donde el doctor guardaba sus drogas, todo era á propósito para tranquilizarme y calmar mis alterados nervios sobreexcitados. Cantaba un gallo en el corral vecino; un asno empezó á rebuznar. El pueblo despertaba. De pronto el toque de las cornetas, destacándose de to-

dos aquellos ruidos, me llamó á la triste realidad.

Todo era ir y venir y cerrar puertas...

Me acerqué á una ventana. La casa del doctor da á la calle por encima de las plata-



bandas del pequeño jardín que la precede. Todo el mundo la conoce, y el tirador de la campanilla, dorado, que se distingue sobre lo blanco de la pared recientemente revocada, los muebles del saloncito que se ven desde la calle, le dan un delicioso aspecto de

modesta burguesía. Oculto detrás de las persianas cerradas, veía la calle llena de negras gorras de cuartel alineadas, numerándose, disponiéndose á formar y á salir del pueblo. Entre aquellas gorras se destacaban algunos cascos bávaros. Eran aposentadores corriendo de casa en casa, inscribiendo números con yeso en las puertas, y preparando alojamiento á las tropas que iban á llegar en relevo de las que se marchaban.

Pronto desfiló el regimiento prusiano, que se iba al son de sus tambores, mientras que por el lado opuesto del pueblo sonaban con estrépito cada vez más cercano las cornetas bávaras. Desde hacía tres meses, este era el pan nuestro de cada día en aquel pobre pueblecillo. La paja de los campamentos no tenía tiempo de enfriarse con el tiempo que mediaba entre la marcha de un regimiento y la llegada de otro...

El doctor, que acababa de entrar, hizo que me quitase de la ventana.

—Cuidado, señor Helmont, que no os

vean. Hay en la *Commandatur* (1) una relación de los pocos vecinos que han queda-



do en el pueblo, y nos vigilan á todos. Des-

(1) Comandancia militar de los prusianos.

pués de las ocho de la noche, nadie más que yo tiene derecho para salir á la calle... ¡Han asesinado tantos prusianos por estos alrededores! Draveil paga culpas ajenas. Estamos tres veces más castigados y vigilados que todos los demás. A la menor palabra nos prenden; al menor descuido, nos fusilan. Nuestros pobres campesinos están aterrados; espían y se denuncian unos á otros; si alguno de ellos advirtiera que tengo alguien escondido en mi casa, sería capaz, para evitarse un disgusto, de ir á dar parte á la *Commandatur*. Ya supondréis lo que nos sucedería á los dos.

De tal suerte temía mis imprudencias el pobre doctor, que todo el tiempo que estuve en su casa llevó la llave de mi cuarto en el bolsillo. Las persianas y las ventanas cerradas no dejaban entrar en el cuarto más que una claridad de calabozo, la precisa para poder leer, y nada más. Allí tenía obras de medicina, algunas traducciones descaballadas de la gran colección Panckoucke, y al

gún número que otro del periódico francés que los prusianos publican en Versalles. Aquello también era francés de traducción: nuestras derrotas, verdaderas ó mentidas, relatadas en tono de broma, pero de broma de mal gusto y grosera.

Cuando me cansaba de leer, por las junturas de las persianas contemplaba la calle. Una verdadera calle de pueblo.

Las casas alineadas delante del pavimento de las aceras, precedidas de jardinillos y dejando ver entre una y otra enrejados de enredaderas, el tronco de algún olmo corpulento, horizontes de sembrados y de viñas medio ocultas por la línea de sus poco elevados techos. Además, cobertizos, cuadras, una fuente brotando de una pared viejísima al lado de la casa del Notario, blanca, limpiata, adornada con medallones pintados. Y todo esto manchado por la odiosa ocupación del enemigo. Medias de lana puestas á secar en los alféizares de las ventanas. Pipas enormes en todos los balcones. Y el ruido de las

botas y más botas. Jamás había oído yo tantas pisadas. Enfrente de mi ventana se había instalado la *Commandatur*. Todos los días conducían allí campesinos á culatazos y á sablazos dados de plano.

Las mujeres y los niños llegaban llorando, y mientras empujaban al hombre hacia el interior, ellos se quedaban en la puerta explicando lo ocurrido á los soldados, que les oían con desdén, con los dientes apretados y riendo estúpidamente. No había esperanza de compasión ó de justicia. Todo á merced del vencedor. Bien lo sabían ellos; tan bien, que aquellos infelices campesinos apenas se atrevían á salir á la calle, y cuando se atrevían, daba lástima verlos pasar cabizbajos, mirando de reojo, pegados á las fachadas de las casas, obsequiosos y viles como judíos de Oriente.

También daba mucha lástima ver los coches de las ambulancias detenidos delante de nuestra puerta, los días de viento, de frío, de lluvia y de nieve; aquellos gemidos de

los heridos y de los enfermos que bajaban de los coches, abandonándose á los brazos que los cogían... Cuando llegaba la noche, para completar aquellos días de melancolía espantosa, la retreta prusiana dejaba oír bajo los deshojados olmos sus notas cadenciosas, espaciadas, y aquellos tres últimos puntos agudísimos lanzados á las sombras de la noche. En aquel momento entraba el doctor en mi cuarto, lleno de barro, rendido.

Me llevaba él mismo la comida, y con su bondad habitual me relataba sus correrías, sus visitas, lo que había oído decir de París y de provincias, los enfermos que le traían, sus disputas con el comandante prusiano jefe de la ambulancia, cuya pedantería berlinesa lo exasperaba. Hablábamos en voz baja, tristemente. Luego, el buen señor me daba las buenas noches, y cuando yo me veía solo, abría la ventana sin hacer ruido y respiraba un poco el aire puro.

En medio del silencio y de la tranquilidad de la noche, el pueblo volvía á ser el de

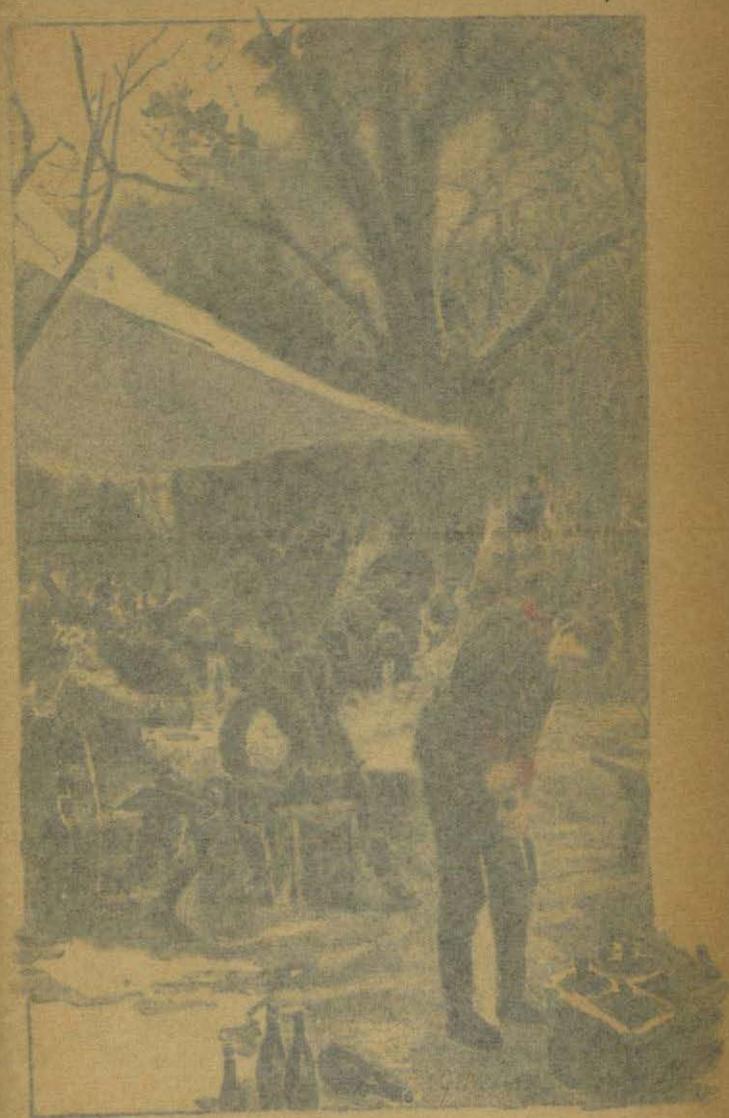
siempre; recobraba su aspecto de los buenos tiempos.

Pero á poco, los pasos de una patrulla, el quejido de un enfermo, el estampido lejano de un cañón, me traían de nuevo á la realidad, y me encerraba otra vez en mi cárcel, lleno de rencor y de rabia. Al cabo de algún tiempo, aquel régimen celular en medio de la ocupación militar se me hizo insoportable. Perdida por completo la esperanza de entrar en París, echaba de menos mi Ermita. Allí siquiera gozaba de la soledad y de la Naturaleza. No me daban tentaciones, como me dan aquí, de mezclarme en las injusticias, en las brutalidades, en las eternas vejaciones que se cometían en la calle, poniendo en peligro la tranquilidad, ó tal vez la vida del hombre bondadoso que me había dado asilo. Entonces resolví marcharme. Con gran sorpresa mía, el doctor no intentó siquiera hacerme desistir de mi propósito.

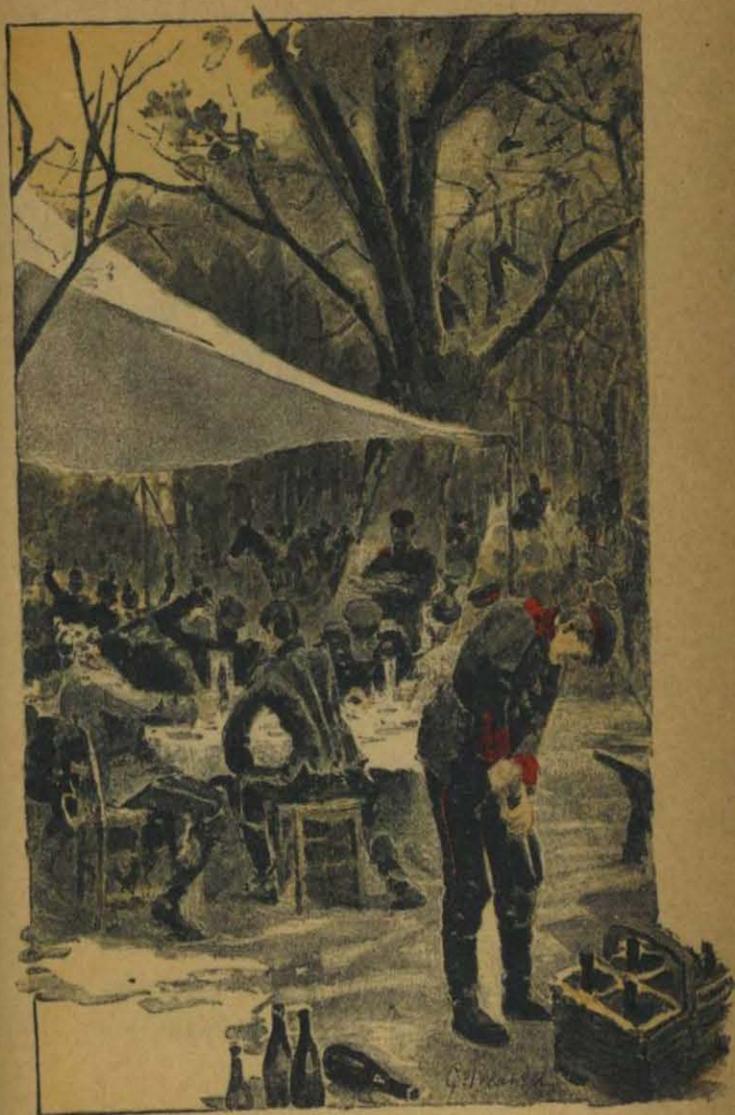
—Tenéis razón, me dijo tranquilamente. Allí estaréis más seguro.

Luego, pensando yo en esa contestación suya, he creído que algún vecino me vería detrás de las persianas, y que el doctor temería una denuncia, aunque no me hablara de ello por no apurarme.

Decidimos, pues, que al día siguiente me iría de Draveil de la misma manera que había entrado. Cuando llegó la noche, bajé á la cuadra, me escondí entre la paja del carrujillo del médico, me echó éste encima su abrigo y ¡en marcha! Cada cien metros encontrábamos una garita construída á expensas de la municipalidad.— *Wer da!* nos gritaba el centinela. El doctor contestaba: - *Lazareth!* Al llegar á la entrada del bosque nos detuvimos. De un salto me apeé.— Tomad esto, me dijo aquel hombre excelente alargándome una cesta de víveres; encerraos y no os mováis... Iré á veros. Y dió un fustazo al caballo. Media hora después estaba yo en la Ermita.



Oír el ruido de los vasos y el descorchar de las botellas.



Oía el ruido de los vasos y el descorchar de las botellas.



3 Enero.

... Desde algunos días están cayendo apretados copos de nieve. El bosque se halla enteramente cubierto. En derredor mío el silencio es tan profundo, que oigo el ligerísimo ruido que hacen los copos al descender y amontonarse.

Es imposible salir de casa. Contemplo cómo cae del cielo ceniciento esa nieve que todo lo blanquea. Bandadas de pajarillos hambrientos vienen hasta la puerta de mi casa. En la cuadra se han refugiado algunos corzos, ocupando el sitio de mi pobre Colaquet, del cual no he vuelto á tener noticias...



Nos cruzamos con un grán lanchón.



Nos cruzamos con un gràn lanchón.



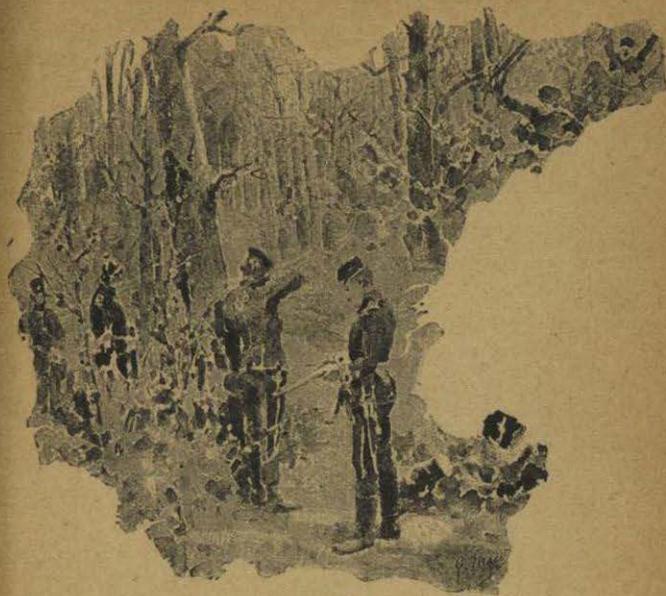
10 Enero.

... Visita del doctor. Las noticias son malas. París continúa sitiado y las provincias en situación desesperada. Los vencedores, fatigados por una victoria tan lenta, multiplican las humillaciones, las brutalidades.

... En Draveil, la Noche-Buena, cinco ó seis bávaros que se habían entretenido bebiendo en una taberna con el viejo Rabot, antiguo guardabosque, le saltaron la tapa de los sesos de un pistoletazo. El hermano de aquel infeliz acudió al oír la detonación, y á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fdo. 1825 MONTERREY, MÉXICO

su vez fué tendido de otro disparo. Un tercer individuo de la misma familia salió herido. ¡Si más hubieran acudido, más habrían asesinado aquellos miserables! Se instruyó una parodia de proceso, que terminó con una indemnización de *cuarenta mil francos* que el Municipio de Draveil ha debido pagar á los soldados bávaros...



15 Enero.

... Esta mañana, el Estado Mayor del príncipe de Sajonia ha hecho una gran montería en el bosque. Al oír los disparos de los cazadores tan cerca de mí, experimenté terrible emoción. Créi que se trataba de un encuentro con alguna guerrilla francesa; pero desde la ventana del estudio que domina todo el bosque, he visto por entre las ramas de los árboles desnudos y sin hojas, multitud de soldados sajones corriendo y